

Hasta que la filosofía de la historia se apoya en los hechos y se contenta con averiguarlos, esponerlos, encadenar sus fragmentos y compendiar cada conocimiento histórico, eleva los entendimientos humanos mucho más de lo que haya podido efectuar la ciencia antigua; pero si traspasa estos límites, degenera fácilmente en sistemas caprichosamente adoptados y sostenidos por una serie indeterminada de observaciones acerca de los acontecimientos; así que muy fácilmente se reduce el hombre á víctima, á testigo ó á instrumento en nombre de la Providencia ó de la fatalidad, en vez de vigorizar dignamente el sentimiento de su libertad moral.

En efecto, una escuela histórica fatalista proclamó: "El hombre es como su tiempo lo hace; las creencias cambian porque lo deben; se cumplen los hechos porque habian sido dispuestos de otros precedentes; un siglo no tiene mérito ó culpa de lo que es ó lo que piensa, ni se puede imputar al hombre las opiniones de su propia edad, en las que inevitablemente se ha empapado, como el niño en la leche de su nodriza."

Esta doctrina, aunque inmoral y desoladora, porque quita la fe al genio y arrebató al hombre la prenda más preciosa de su naturaleza, á saber: el libre albedrío, le condujo, sin embargo, á no creer ya en que los siglos estén guiados por los individuos, y á no emitir el fallo de que los hombres son tiranos ó usurpadores, antes de examinar si fueron obligados por las circunstancias que destruyen real y verdaderamente la voluntad, aunque no la privan de su poder.

Otra escuela más circunspecta, interponiéndose entre la Providencia y la fatalidad, pretendió trazar el camino de lo verdadero entre dos abismos, tomando á su cargo justificar todos los hechos, encontrar una razón para todas las órdenes, y aclarar cómo cada cosa está en su lugar, cómo cada instituto tiene su misión, y cómo los hechos son un producto del pueblo y no de los individuos; esto es, cómo el pueblo se encuentra siempre en lucha contra la conquista brutal ó la docta opresión. Fijando la atención, pues, en el mejoramiento y en las pasiones, los adeptos á esta escuela descubrieron un sentido grandioso en las cosas, que parecían litigios frívolos de las clases escolásticas ó de los concilios; un sentido grandioso en los monges, en las municipalidades y en las cruzadas, con respecto á lo que el pueblo contribuyó en estos hechos; y poniéndose de su parte concibieron tanta aversión contra la fuerza y la conquista como interés en favor de las reformas, de la emancipación y de la libertad del pensamiento, creyendo no poderse odiar ni vilipendiar lo que habia sido en otro tiempo reverenciado y amado por el pueblo; y sostenían que el hombre de genio es grande tan solo cuando comprende y secundar los instintos, las pasiones y el poder de su nación, de su tiempo y de la humanidad entera.

La escuela de los sansimonianos ha ejercido mayor eficacia aún. Si quiere despojarse esta secta por un instante del impío manto en que con ostentación se envolvió para presentarse ufana como religión del porvenir, y de la absurda pretensión de aniquilar la propiedad, el derecho de herencia y la familia, reduciendo toda la ciudadanía (1)

[1] Nuestro autor con sutileza de ingenio sabe sacar partido de todos los datos y también de los elementos de las cosas y de los hechos, que han sido causa de trastornos políticos y dado margen á falsas doctrinas, perniciosas á la humanidad, generalmente considerada. Así es, pues, que en el texto de esta historia, indicando por encima los principios de la secta Sausimoniana, nos da á conocer la parte de sus doctrinas, que ha influido en el progreso de la humanidad. Nosotros, pues, no teniendo más que añadir á las reflexiones perspicaces de nuestro autor, nos limitaremos á bosquejar en pocas palabras un cuadro del sansimonianismo, acompañándole de algunas pocas observaciones oportunas para el caso, y no desagradables, por cierto, á nuestros lectores.

La desigualdad entre los diversos miembros de una sociedad constituye á la vez la fuerza de los individuos y aquel cuerpo colectivo que se llama nación, pueblo ó Estado. Esta desigualdad produce la ambición, las pasiones, los vicios y las virtudes; en fin, es la fuerza de la acción y del movimiento social; es una ley que la Providencia ha impuesto á todas las criaturas, así en el orden físico como moral. Y á decir verdad, aunque de ella se originan los males, éstos tienen su raíz en la humana malicia. En efecto, la desigualdad sirve para el equilibrio social, porque la uniformidad produce la indolencia, la falta de movimiento y todos los elementos de la inercia. Esta misma desigualdad, si toma por norte los preceptos de nuestro Redentor, nos guía al heroísmo y aquella abnegación, que es lo bello ideal de la virtud. El pretender, pues, con una predicación extraña destruir la desigualdad, es una tarea anti-social, la cual aunque no puede conseguir su objeto, porque sale de la esfera de lo posible, altera momentáneamente todas las condiciones políticas é individuales, fomentando una exaltación culpable en las masas á costa de mucho sufrimiento y de gran derramamiento de sangre.

Un año después del destronamiento de Carlos X levantó la cabeza, desde las oficinas del periodismo parisiense, una hidra más terrible que la de la fábula, una secta político-religiosa, cuyos adeptos reconocían por su jefe á un tal Claudio Enrique Saint-Simon, muerto en París el 19 de Mayo de 1835. Estos tomaron nombres y trajes extraños para atraerse la atención de un público ocioso, y cada vez más ávido de novedades. Los sansimonianos decían, que el cristianismo habia cumplido ya su curso, y que habiendo sido bueno, y si se quiere también excelente para las sociedades muertas, no podía ahora llenar las necesidades de la época; por lo que era menester plantear una religión nueva que rehabilitara la carne, haciéndola disfrutar de los bienes de un orden sensible, que pertenece á la naturaleza humana,

á un juego de bolsa, se verá que prodigó en sus ensueños puntos de vista muy robustos á la sociedad y á la literatura, difundiendo la idea de que residen en el pueblo las fuerzas creadoras del trabajo, de la industria, del genio, de la civilización, proclamando su emancipación para despojarlo de los harapos con que lo han cubierto el feudalismo del dinero y la ínicua distribución de las comodidades y de los trabajos. Algunos pensamientos que relampaguearon en la mente á filósofos de gran nota, adquirieron finalmente su madurez en los sistemas, y se sostuvo que no bastaba fijar la atención en los actos exteriores para conocer á los individuos y al género humano, sino que era menester pesar con exactitud los sentimientos, los raciocinios y el desarrollo poético ó religioso, hermanándolo al mismo tiempo con el científico ó teórico y con el industrial, y que la historia no debía ocuparse de un solo país, sino de todo el género humano; pues que, mediante este exámen, se nos presenta como un continuo progreso, como una realización de la perfectibilidad indefinida, y como una fuerza que encamina á la inteligencia de su propio destino social, con objeto de cumplirlo, unificando los sentimientos, la doctrina y la actividad. De aquí se deducía que el siglo de oro no estaba colocado á nuestras espaldas, sino que desplegada á nuestra vista y que hacía él debían dirigirse todos los esfuerzos comunes, acompañando-

y ocupando el lugar y los títulos de los bienes pertenecientes al orden espiritual. Esta teoría manifestaba su estravagancia en el giro mismo de las palabras, porque no puede llegarse á comprender cómo una rehabilitación toda corporal pueda sustituir al espíritu y satisfacer sus necesidades, ni puede caber en el orden social una rehabilitación, que toma por norte los sentidos en vez de la inteligencia, pretendiendo que esta última adquiere su mayor perfección de la parte menos noble del hombre, á saber, la materia. En efecto, decían los sansimonianos: "La religión que revelamos no tiene nada de sobrenatural, y todos los deberes que impone y los bienes que promete son terrestres. ¿Por qué dirigir nuestras miradas allende lo que vemos? Nosotros no conocemos ni podemos averiguar lo que existe fuera de este mundo. Por lo demás, añadan, todas las restricciones que el cristianismo impone al derecho natural respecto de los goces, son arbitrarias, injustas y tiránicas, ni merece ser culpado el que no quiera seguirlos." He aquí toda la teología sansimoniana en compendio.

Estos sectarios escarnecidos en Francia, perseguidos y apedreados en Suiza y ridiculizados por do quiera, decían en alta voz: "dejadnos subir al poder, auxiliados, y todas las distinciones, todos los privilegios de cuna, todas las prerogativas sociales desaparecerán, y entonces se cumplirá la frase sacramental á cada cual según su capacidad, á cada capacidad según sus obras." De esta última sentencia, al parecer muy buena, sacaban en consecuencia, marchando de ilación en ilación,

los con el espíritu de paz, de orden y de caridad, para dar al mundo entero un carácter de concordia, de sabiduría y de belleza, todo combinándolo en una vida común, amorosa, arreglada y robusta.

El tiempo que consolida la verdad y pasa una raya indeleble sobre los comentarios de la mentira, hizo fructificar todo lo que de juicioso y social contenían estos sistemas, y sacó de sus entrañas un concepto más grandioso y verdadero con respecto á la historia y á sus deberes. Llegóse á conocer cómo ésta adquiere importancia prestando sus auxilios á fin de que se conozca al hombre y la eficacia de las instituciones y de los hechos sobre las condiciones de los pueblos, y que no inspira mayor interés si se trata de los tiempos de César más bien que de los relativos á los Federicos. Habiendo llegado á comprender la historia, que los siglos no están sujetos al dominio de los individuos, nos da á conocer con sus pinturas iluminadas, aun cuando experimenta la falta de memorias acerca de los últimos, la vida de los pueblos y de las sociedades; y participando de esta manera de sus penas y de sus esperanzas, reanuda la inmensa cadena de los acontecimientos sin señalar su fecha, y presenta la triste oportunidad de nuestros padecimientos, dando la fisonomía de la actualidad también á los casos más remotos, porque el ser de quien se trata, vive, trabaja,

la comunidad perfecta de los bienes, del trabajo, de la industria y hasta de las mujeres y de los hijos. En fin, la disolución del cuerpo social y del orden político y moral.

Rechazados los sansimonianos de la Europa, algunos de ellos se trasladaron á países remotos para predicar sus doctrinas á los desiertos y á las pirámides del antiguo Egipto, como decían con mucho chiste los periodistas franceses de aquella época; pero no se les mostró la fortuna más halagüeña en aquellas regiones, y si no fueron perseguidos, fueron á lo menos desatendidos, y por último murieron insensiblemente como los tísicos. Estando nosotros en Argel, tuvimos el gusto de ver en el año de 1840, á dos sansimonianos, las cuales habiéndose atraído la atención del público, por su traje, que tenía algo de estravagante y nuevo, se encontraron en breve precisadas á abandonar el país, porque los habitantes de la Argelia, que conocían las doctrinas de aquella secta, creían que nadie podía impedirles disfrutar de las gracias de dos sansimonianas, obligadas á manifestarse condescendientes con el aumento común de la población. Otros de aquellos sectarios en número de cinco, pasaron de Francia á Constantinopla; pero el gobierno turco, enterado de sus doctrinas subversivas, les impidió predicar, y con chistosa sátira les participó, que les habia preparado sus pasaportes para que pasaran el Bósforo, y penetraran en los países más internos del Asia en donde pueblos bárbaros y nómadas, necesitaban de su santo ministerio para civilizarse precipitadamente.

[Nota del traductor].

lucha y espera todavía. Lo pasado, pues, es una serie de emancipaciones lentas, de emancipaciones que se han atravesado, de emancipaciones dolorosas, pero seguras. Este espectáculo consolador y eficaz, nos impide á creer que nuestra época es ya decrepita, é inspirándonos mas bien confianza en las mejoras, nos impulsa al trabajo como á un destino que nos es propio. Así mientras que los enciclopedistas se mofaban de lo pasado, la historia nos impone estudiarlo como preparacion y escuela del porvenir; mientras que aquellos declaraban la guerra á la sociedad y querian reducir, ó como ellos decian, hacer retroceder al hombre hasta el ateísmo y el estado de salvaje, nosotros ponemos en juego todos los resortes de nuestro ingenio para darle mas instruccion y moralidad, y para acelerar al través de las tinieblas y de las espinas *el reino de Dios*, que es el de la razon, de la verdad y de la virtud.

Con estas ideas mas vastas y generosas, no teniéndose ya para el argumento en cuestion un desprecio, que dimanaba mas bien de la pereza que de la reflexion, se emprendió con mayor seriedad, como curiosidad sincera, con una duda que lo pesaba todo con tranquila imparcialidad, tratándose de sucesos consumados, pero que nos tocan muy de cerca, un estudio largo y pesado, pero rico en sus resultados, como el de la edad media, empleándose en esta circunstancia aquella paciencia que no se asombra y asusta de nada. Pretendiéndose, entonces, entresacar de la ruda literatura, que encubrian las crónicas, que podian considerarse como los restos de antiguos códices, las noticias que habian escapado á los eruditos, que carecian de la inteligencia y del sentimiento necesarios para comprender las grandes trasformaciones sociales. Ené entonces tambien cuando se empezaron á investigar las derivaciones de los pueblos bárbaros, no contentándose cen repetir las cosas ya dichas ó con observarlas del mismo modo que se habia practicado; fué entonces cuando se pretendió indagar de qué manera aquellos pueblos habian tomado asiento en el terreno romano; á qué condicion redujeron á los vencidos; si verificaron una fusion con ellos, y hasta qué punto; cómo de la mezcla de la sangre y de los elementos sociales brotó una sociedad nueva; hasta qué punto contribuyeron en esto las misiones pacíficas y las sanguinarias; cómo el feudalismo y las cruzadas fueron oportunas para el progreso, y para despertar aquel movimiento de los municipios, á los cuales debe Italia su grandeza, y sus libertades la Europa. De aquí se entresacaba el verdadero sentido de la lucha entre los Papas y los emperadores; de la lucha entre los jurisconsultos y la aristocracia feudal; de aquí la dignidad del derecho canónico; de aquí la marcha de aquella larga reaccion de los pueblos libres de la Germania contra los romanos, dueños del mundo hasta la restauracion del derecho civil, la trasfor-

macion de los usos consuetudinarios en leyes, que van adquiriendo fuerza y uniformidad, y hasta la creacion del tercer Estado, el cual, conculcado ayer, porque fué vencido, se levantará mañana enseñoreándolo todo, porque será vencedor; y cumpliendo tácitamente la revolucion mas prodigiosa de los tiempos modernos, porque es la mas espontánea.

Al que conozca que la historia se alimenta tan solo de libertad, no causará maravilla que á las estupendas hazañas de la revolucion, y á las magníficas de Bonaparte, faltaran narradores de nota en un tiempo en que satisfacian las escualidas generalidades del siglo anterior, sin poseer por tanto su ira terminante á la demolicion. En efecto, produjo á Lacretelle, que sujetándose á la escuela antigua, que amaba, temia, encomiaba y vilipendiaba, en vez de esforzarse para comprender, descuida en su narracion acompañada en cuadros, y adorna de vez en cuando hasta rayar en lo hinchado, las fuentes de la historia, y ostentando pompa exterior y elegancia armoniosa, en vez de penetrar el fondo de la sociedad. Este autor, conservando el tono sentimental y los rencores de los enciclopedistas, desconoce el gran movimiento social y las correspondencias de los gabinetes, revelando en un estilo amanerado que no comparó los hechos. Michaud describió mas estudiadamente las Cruzadas; pero con su regularidad académica falsea los originales, que bajo su pluma figuran en la historia como en el poema del Tasso. Este autor suprimió las particularidades características, y se mofó de una credulidad que habia puesto, sin embargo, en movimiento el mundo entero. Sismondi disertaba segun las ideas de su tiempo, y se manifestaba incontaminado; pero tan solo por el triste placer de quitar á la juventud el encanto de los hechos magnánimos. Guiguené compiló á Tiraboschi, y substituyó á las discusiones cronológicas con análisis de libros demasiado importantes para que pueda su exámen satisfacer, ó demasiado inútiles para haberle merecido. Salpicó su libro con alguna que otra sal irreligiosa, formando de esta manera aquella historia literaria que se recomienda á la juventud en Italia: y no queremos pasar en silencio, que es digno de nota, que los franceses deben y los italianos quieren enterarse de la historia de un país que es jefe del catolicismo, por los trabajos de dos autores, como Michaud y Guiguené, que no solo lo contrariaron, sino que no lo comprendieron.

Habiéndose reanudado con la paz el curso de las tradiciones nacionales, la juventud, revelándose contra la literatura ceremoniosa del antiguo gobierno y la insustancial del imperio, quiso restituir á la historia y al drama la verdad, la vida y el movimiento, destruyendo la uniformidad escolástica, los tipos convencionales, la personalidad del autor y la mezcla de lo presente. Aplicóse, pues, á observar nuevamente no tan solo los libros,

sino tambien los hechos, los tiempos, el país y al hombre; y creyó que cumpliría mejor las condiciones del arte, la narracion que se parecia mas á lo verdadero.

Entonces el trabajo acerca de las antigüedades francesas, comenzado brillantemente por frailes *ociosos*, y abandonado por los patriotas fervorosos, volvió á emprenderse con menos paciencia que en los tiempos pretéritos, pero con mayor inteligencia. En los primeros años de la revolucion, Breguigny, último vástago de los padres Maurinos, dió á luz cinco volúmenes de documentos, en los que, disertando sobre las municipalidades y el estado llano, puso de manifiesto haber comprendido el problema de la libertad de los municipios en la edad media, y la mezcla que se habia verificado de los restos de la antigua Roma con las conquistas de las nuevas masas sublevadas: y aunque es cierto que este autor las reconocia tan solo por haber sido autorizadas con regias concesiones, no cabe duda que dirigía los ánimos á la investigacion de los orígenes que habian dado principio al estado llano, de un modo que no podia desagradar á los revolucionarios, si éstos hubiesen podido ocuparse en registrar libros. Montlosier publicó bajo el dominio de los Borbones, una *Historia de la monarquía francesa*, que puede considerarse como un término medio entre los sistemas de Montesquieu, Dubois, Mably, Boulanolliers; y despues de haber negado la conquista en el siglo V, admitiéndola en el XII, reconviene á los municipios y á los monarcas, que cercenan los derechos del cuerpo aristocrático. Advertió, pues, este autor, que el pueblo antiguo luchaba contra el nuevo; pero declarándose partidario de los francos, esto es, de los nobles, secundaba el retroceso antirevolucionario.

Otros se atrevieron á soluciones opuestas, presentando la revolucion como un conflicto entre vencedores y vencidos, pero en términos que las masas se gloriaban de pertenecer á los ya subyugados, porque ahora se hallaban colocados entre los que habian triunfado. Agustín Thierry hace brotar la libertad mas bien del esfuerzo de los artesanos, que fundan las municipalidades, que de las concesiones de los reyes, hermanando de esta manera la generacion presente con las pretéritas, que no llevan un nombre propio. Desentrañó semejante concepto de dos hechos, que representan una revolucion idéntica, á saber, el haber tomado asiento las razas germánicas en la Galia, y los normandos en Inglaterra, última conquista de los bárbaros. La novedad del pensamiento, la veneracion debida á aquel ilustre, blanco de tantos sufrimientos, que despues de haber perdido casi todos los sentidos, conservaba aún una voluntad obstinada, el apoyo que su opinion ofrecia al liberalismo de moda, no dejaron lugar para observar si en aquel sistema se atribuyera demasiado á las razas, de reparar en todas las cuestiones que dejaria

sin solucion; y finalmente, lo mucho que perjudicaban á su sistema las preocupaciones irreligiosas [1], y el odio á la constitucion inglesa, sobre la cual parecia haberse modelado la francesa.

Guizot, que comenzó á presentarse en público como escritor, cuando los enciclopedistas no habian perdido aún los honores de los altares, les profesa acatamiento; sin embargo, aplica la filosofía ecléctica y del sentido comun á la historia, sin odio ni entusiasmo; busca las generalidades en aquella edad media, en la cual no solian descubrirse sino trastornos, y discierne en ella las causas de la composicion y coordinacion social y la eficacia del ordenamiento eclesiástico. Segun este autor, la civilizacion consiste en el desarrollo simultáneo de los dos estados, social é intelectual, considerados en la íntima union de las ideas con los hechos. Hoy la ciencia se funda en éstos últimos, y el principio dominante en nuestra civilizacion es la ciencia ó el conocimiento de las ideas [*sentencia de los doctrinarios*]. Aunque las lecciones de monsieur Guizot son imperfectas, han contribuido á dar ensanche á las inteligencias históricas, y á poner de manifiesto de qué modo el hombre, mediante el impulso de la fuerza y de las creencias, aspire á un estado cada vez mas completo, el cual lo faculta á desarrollar la inteligencia, los sentimientos y la actividad.

Pero la historia ha debido hoy tomar desdichadamente el aspecto de la improvisacion y de la polémica, como todas las demas cosas. En efecto, las obras que en Francia han hecho mas ruido, ó son lecciones que se suponen inspiradas por el auditorio y recogidas por taquígrafos, ó son cartas, ó finalmente, artículos de periódicos. Todo esto hace perdonar la irreflexion y las faltas, pero quita aquella confianza, que no puede fundarse sino en la meditacion y en la paciencia; y hoy es muy reducido el número de los escritores que son capaces de componer y coordinar una obra estensa, de abrazar un entero sistema y sostenerlo por el curso de muchos volúmenes con interes y facundia. Barante en su *Historia de los duques de Borgoña* inició la escuela descriptiva, la cual es una forma y una unidad de esencia; y muchos han abusado de la parte pintoresca en las narraciones. Otros fijaron su atencion en países extranjeros, como lo verificaron Villemain con la historia de Cromwell, Guizot con la de la revolucion y Armand Carrel con su obra sobre la contra-revolucion inglesa, que dictó con aquella simplicidad varonil y con aquel estilo audaz que convienen á un soldado. Pero todos estos autores aluden á la revolucion francesa y á las culpas de la restauracion, cuya caída indicaban. Thiers, en su *Historia de la revolucion de Francia*, tiende á justificarla con acogerse á los pendones

[1] El ejemplo mas insigne es el asunto que se refiere á Santo Tomás de Cantorbery.

de cierto fatalismo; así que en su libro un acto se deriva inevitablemente de otro, y los hombres cumplen lo que exigían el tiempo y las circunstancias; de suerte que los vemos envueltos en un torbellino que los arrastra, privándoles de aquel libre albedrío, que es la dote suprema de nuestra naturaleza. ¡Tristísima tarea es la de Thiers! Este autor desdichó lo perteneciente á los gabinetes extranjeros, pero meditó en los discursos de la tribuna; describió con viveza el alternar continuo de las facciones; pero trató con mas detención y estensamente de las batallas. Así es, pues, que los jóvenes, que meditarán mucho tiempo aquellas páginas vigorosas, para enterarse de la época á que aludimos, llegarán á creer, que fué principal lo accesorio y accidental, á saber, el movimiento bélico.

El libro de Mignet, mas conciso é igual, es eclipsado tan solo por aquel de su amigo. La historia parlamentaria de la revolucion francesa, escrita por Buchez y Reoux, recoge lo mas puro y destilado de las insignes discusiones que se agitaron entonces acerca de los puntos cardinales de la sociedad, y las sujeta á exámen, mirándolas bajo el punto de vista que el mundo no ha querido todavía aceptar, porque son mas avanzadas que su mismo progreso. Los que narraron aquellos hechos, apoyándose en las muletas monárquicas, han dirigido el eco de su voz á los difuntos. Es un crimen social el que perpetraron algunos de los mas modernos, que quisieron divinizar el espectáculo que merece con preferencia ser abominado por el espíritu humano, como decia Chatam, el espectáculo que nos presenta la fuerza despojada del derecho.

La riqueza de Francia reside aun en las Memorias, que encierran casos tan extraños y tantos actores, y las cuales nos brindan con impresiones reales, si no justas y vivas, sí no nuevas. Las relativas á Napoleon, publicadas la mayor parte en los últimos años de la restauracion, y que eran, como todo lo demas, dictadas por el espíritu de oposicion, le pintaron presentándole por el lado mas ventajoso, pero mas débil aún; ya que pretendiendo ponerle en contraste con los Borbones, le presentaron como un bonachon afable y agudo, en vez de darle aquel que era atributo especial de su grandeza, quiero decir, su voluntad obstinada (1). Sus mas importantes Memorias nos han venido de Santa Elena, pero algun tanto alteradas por ha-

(1) Schlösser en Heidelberg comparó las infinitas memorias relativas á Napoleon, poniendo en contacto la narracion de los mismos hechos, de manera que un narrador corrija á otro. Este método manifiesta una ímproba tarea, de la cual, sin embargo, no se saca muy frecuentemente sino incertidumbre, y la desesperacion de no poder averiguar la verdad. Tiene algo tambien de esto el libro de Desmarais, *Études critiques des historiens de la révolution française, ou Histoire des histoires de cette révolution*. Paris, 1837.

ber sido dictadas sin los hechos á la vista, recogidas de la misma manera, falseadas tal vez por proyecto, y últimamente, variadas, porque habian sufrido cambios las circunstancias, y con frecuencia tambien los reencores. En las memorias únicamente podrán buscar los venideros lo que ninguno de los contemporáneos tuvo la capacidad de presentar, á saber, un medio siglo, que tantas veces cambió de ídolo y de nombre; una monarquía que espiró en el cadalso; otra que comenzó en un motin de una ciudad, el cual se prolongó por tres dias, concluyendo en los mismos términos que lo habian visto principiar; una nacion coronada, tribunas aplaudidas hasta el exceso, y derribadas al suelo poco despues; esperanzas lanzadas desde lo alto del trono; el mismo cadalso erigido con opuestas tentativas; prosperidades y desventuras nunca oidas; poderes que se abaten alternativamente, y sobre los cuales se descarga la condena apenas establecidos; la república, el imperio, la restauracion, y por último, otra revolucion: acontecimientos todos, que tienen apenas el tiempo necesario para pronunciar su nombre, llamados ante el tribunal de la humanidad..... y desaparecer.

En estos últimos años se han publicado en Francia un diluvio de historias nacionales y extranjeras. Algunas divulgaron las indagaciones laboriosas de los alemanes, y otras se constituyeron en órgano de partidos para favorecer con ellos; pero se encuentra muy á menudo una inesplicable ligereza al lado de una erudicion, fruto de grandes tareas y de felices adivinaciones.

Sin embargo, estos trabajos, considerados en sus generalidades, se apartan en gran manera de la sobriedad, que es esencial á la historia, y se complacen en narrar particularidades novelescas, y en arranques pindáricos, que cansan el espíritu y disminuyen la confianza. La *Historia de los diez años* de Luis Blanc que seduce por la ostentacion de su amor á las masas, y por perspectivas socialistas, es una denigracion sistemática contra el gobierno creado por la revolucion de 1830, presentándole con calumnia pertinaz tan inepto como malvado; convierte los hechos contemporáneos en demostracion de algunos principios sociales, y reúne las pasiones, abogando en su favor y dándoles la razon; lo que es muy fácil cuando no se tiene que arrostrar dificultades reales. Lamartine, divinizando á los enemigos de la libertad y á los que han conculcado la dignidad humana, aspiró á triunfos mezquinos y á largos remordimientos. Las historias de los acontecimientos de 1849 no son mas que disculpas, que cada autor toma á su cargo. Montalembert en la *Vida de Santa Isabel* abrió un nuevo campo, al que muchos se lanzaron; pero es concedido á pocos el interpretar la ingenuidad de las leyendas y de las santas tradiciones, de modo que la piedad saque provecho de ellas sin escandalizar al mundo.

Carlos Botta, piamontés (1757—1837), merece ser colocado mas bien entre los literatos que entre los historiadores. En su narracion de la independencia americana, cuyos hechos no conocia, ni á los hombres, se conservó lleno de dignidad, porque no estaba agitado por la ira ni por el espíritu de partido, y porque teniendo todavía cierta desconfianza de sí mismo, no cortaba atrevidamente de largo. Viviendo en países no atormentados por la censura, escribió por la inspiracion de los Borbones la historia de Italia desde el año de 1790 en adelante, y despues, siendo ya anciano, compiló en el trascurso tan solo de cuatro años la de tres siglos riquísimos en acontecimientos, mientras que no habian bastado por cada siglo largos años de investigaciones. Pero Botta, habiendo asegurado ya su fama, hizo una compilacion retórica mezquina, si se considera por el lado de los hechos, y no digna de alabanza, si se atiende á la forma. Según este autor la edad media merece ser calificada con los epítetos de *loca y descabellada, edad de los cronicones compilados por frailes y vasallos feudales ignorantes, y tambien de tiempo mezquino, en que las promesas y las amenazas de la vida futura dirigian la máquina social*. Remedía, sin embargo, á esto en parte el gran triunvirato italiano [1], y despues se derrama la luz, merced á la gran familia de los Médicis. Pero no dice que se originó de ésta la esclavitud de Italia, y parece no haberlo siquiera comprendido; mas nos dijo, como producto de su pluma, las miserias y los padecimientos indecorosos del país desde el año de 1534 en adelante. Encendido en ira por la prepotencia extranjera, no ve mas en los mismos connacionales que cobardía y ferocidad hasta el punto en que no hayan sucumbido. En este último caso se manifiesta siempre pródigo de compasion, excusas y elogios. Desconoce la única grandeza que habia quedado á Italia, y considera á los Papas como una peste que la perjudica; habla del concilio de Trento en tono burlesco, como aquel Sarpi, cuyo libro copió; en los frailes no ve mas que trapaceros, holgazanes ó astutos embusteros. Los príncipes últimamente, dice Botta, inspirados por los filósofos y por los jansenistas, dirigian maravillosamente á Italia por la senda del progreso, cuando sobrevino una horda de jacobinos capitaneados por un hombre afortunado, que ganaba todas las batallas despeñándose de error en error. Botta no ve en toda la revolucion sino cobardía y ferocidad; se encona al contemplar la prepotencia voraz de aquellas administraciones militares, y los atolondrados imitadores de las locuras francesas; pero á pesar de esto, emplea la mayor parte de su obra en describir aquellos delirios efimeros; y la fiesta de un dia ó las enfermedades de un exaltado le ofrecen materia para largas páginas,

mientras que pasa fugazmente la creacion de un reino, que fué un objeto de maravilla hasta para los enemigos (1), y apenas parece haber llegado á su noticia que un ejército italiano combatió en Alemania, en España, en Italia y en Rusia. Este autor habla de Bonaparte con una ira que raya en el desprecio, y sin embargo, aquel grande debia agradar á Botta, que no se manifiesta inclinado á los imperios destroncados, esto es, á aquellas constituciones contra las cuales se declara enemigo encarnizado hasta el punto de exclamar, que en Italia las *asambleas nacionales son pestes*; desprecia aquella Península, á escepcion de los piamonteses; desprecia la Europa, llamándola *mentecata, feroz, miserable*, y no da en la idea de que *habya habido en el mundo países mas mentecatos que esta* (libro XXXII); desprecia la humanidad y no cree en el perfeccionamiento, en la razon, ni en la compasion. *La humana raza, dice, conserva una ansia feroz, y el diablo la guia; es, pues, culpable de locura el que quiera sembrar entre los hombres de nuestra época semillas saludables*.

Deberíasele pedir cuenta severísima de esto, si se manifestara bajo su pluma aquella unidad de concepto y de sentimiento, que es la revelacion de un autor serio, de una intencion bien calculada, y de una accion eficaz; pero las blasfemias ó mofas de Botta son gracias inherentes á su escuela. Así es, que se complace en la narracion de los acontecimientos extraordinarios y de los hechos que causan horror, tan solo porque son mas pintorescos. En casos semejantes él no se ocupa en cerner, y se estiende en donde encuentra *materiales ya dispuestos*. Es un excelente descripto de las cosas exteriores; ocupa muchas de sus páginas en la narracion de marchas, batallas, terremotos y carestías; y finalmente, con frases admirables y muy cómodas, se refiere "al hado, á la fortuna y al que llama remontarse hácia los principios." Nadie, por cierto, pretenderá instruirse en la historia de Italia leyendo á Botta; pero considerando que aquél libro no dejará nunca de ser recomendado por su elegancia y por la variedad de sus frases, creemos que seria conveniente advertir con notas sucintas los errores de hecho y las opiniones iliberales del autor, para que los inespertos no supongan que aquella historia haya sido dictada por amor á la verdad, que se hayan empleado los justos medios para investigarla ó crítica para distinguirla, y lealtad para esponerla. Con esto, los que la admiren como una composicion retórica, no se imbuirán en tantas falsedades ni en tantas extrañezas, que se convierten por último en preocupaciones (2).

[1] El autor alude á la creacion del reino de Italia.

(2) Scipion Maffei, en el prefacio á la *Verona Illustrata*, escribia en el año de 1732: "Cualquiera que emprenda la tarea de leer una historia, no para mejorarse á sí mismo, ni para pro-

(1) Dante, Petrarca y Boccaccio.